

Ahora que hemos Votado

Acabamos de pasar un proceso electoral trascendental, en el que el pueblo ha dictaminado un cambio político acuciado por la situación económica. Muchos votantes han pensado con el bolsillo, es lógico, pero hubiese sido mejor, tal vez, argumentar también el voto con la creencia en determinados valores, porque no parece que los problemas de España sean sólo la economía, el paro, la deuda y el déficit. En todo caso, el resultado está ahí y ha llegado la hora de ir a las cosas, de trabajar, de dar trigo, que ya paso el tiempo de la prédica. Esto no va a ser fácil ni rápido, pero habrá que mantener la esperanza. En todo caso, no transcurrirá demasiado tiempo antes de que a los gobernantes, a los políticos que nos representarán, se les exijan resultados.

Pudiera pensarse que una vez despachado el voto en la urna, nuestro deber ciudadano ha sido escrupulosamente satisfecho y que podemos lavarnos las manos, porque ya no nos corresponde actuar hasta que se nos vuelva a convocar a otros comicios. Dicho de otro modo: somos meros espectadores y nos dedicamos a ver los toros desde la barrera y a criticar a discreción. Pues me malicio que esto es un error, porque la ciudadanía no es un ente abstracto un tanto gregario, o al menos no debería serlo, ni entrega un cheque en blanco, ni puede hacer dejación de responsabilidades mediante el sencillo expediente de atribuir a lo que se da en llamar "la clase política", tan desprestigiada, tan criticada, la culpa de todos los males habidos y por haber. Los vicios políticos, las luchas desaforadas por el poder, la anteposición del interés partidista al general y del particular al de partido, no obedecen a patrones insuflados por alienígenas; tales pulsiones son absolutamente humanas, de aquí, de nosotros.

Queremos que nuestros representantes exhiban las virtudes que se exigían a los héroes homéricos: han de ser fuertes, valerosos; si es posible, bellos y, por supuesto, dotados de buena labia. Les exigimos una presencia y unos dones que los lleven por el camino de los estudios de imagen, de los retoques fotográficos, del ensayo de poses. Quizá por eso hay tanta mercadotecnia electoral. No sé qué sería hogaño de Churchill, o de Azaña, o de tantos políticos antiguos nada ajustados a patrones evanescentes, que son los que nos gustan. Todo parece que queda en lo superficial, estamos acostumbrándonos a nadar sólo a ras del agua.

Arrumbamos, mientras tanto, la exigencia de valores firmes que, a fuerza de ser respetados y conocidos por todos, se hagan presentes en la comunidad y se reflejen en los gobernantes. Hablaba Platón de una "educación para las cosas superiores", que nos convierta en ciudadanos cabales, capaces de gobernar con justicia y de dejarse gobernar. Esas cosas superiores que propone Platón quizá podrían ser el respeto, clave de bóveda de toda relación social; el valor del esfuerzo, aliado de quienes triunfan, dejando de lado el papanatismo y la mediocridad... Y, por supuesto, la concepción de la sociedad como algo que nos da mucho, y con la que hemos de ser correlativos aportando mucho. Educación para las cosas superiores

Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es

podría consistir en comprender que los deberes son tan fundamentales como los derechos. Todo esto exige un esfuerzo cultural que trasciende la labor de los políticos. Es la cultura de la exigencia propia, del fomento desde la familia de los valores más necesarios para todos. Cuando ese compromiso se haga fuerte en la ciudadanía, los políticos, que surgen de entre ella, identificarán mejor los modos de conducta adecuados.

A cuento del descrédito de los políticos, que, insisto, tiene mucho que ver con nosotros mismos, han salido muchos que tiran por elevación y reniegan directamente del sistema. Han elegido como métodos de denuncia las acampadas, las ocupaciones, los intentos de asalto de las sedes de algunas instituciones... Se declaran asamblearios y adjetivan la democracia: la quieren *real*, ya me dirán en qué consiste tal cosa. Y, si se tercia, desobedecen abiertamente la ley. Se llaman, a sí mismos, indignados, y no les he escuchado, más allá de un repertorio de frases, algunas muy ingeniosas, propuestas que definan claramente cuál es la Arcadia que postulan. Me temo que, a estas alturas de la historia, encontrar fórmulas radicalmente mejores que las que se practican en Occidente, es cosa más de utopía que de sentido común.

Me parece que, frente a las imperfecciones de un sistema que es mejorable, no faltaría más, no se puede contraponer la adolescencia política perpetua, de nada sirve revivir el mayo del 68. Aquí lo que se necesitan son ciudadanos que trabajen por los valores democráticos y éticos, que no pierdan el tiempo en digresiones ilusas ni en añoranzas vanas. Es imprescindible una sociedad civil comprometida que, en el día a día, con los pies en el suelo, dé el tono necesario a la vida de la nación.

Ahora que hemos votado, nuestro papel como ciudadanos comprometidos sigue siendo el mismo que antes de ir a las urnas. Es fundamental que la conciencia de pertenencia a la sociedad emerja sobre la comodidad, sobre la desidia, sobre el papanatismo, sobre las consignas vanas... Aquí se hace necesaria la presencia de un asociacionismo vigoroso e independiente, en el que se den cita personas dispuestas a mantener viva la llama del debate social; un asociacionismo que se declare creyente en los valores sociales fundamentales y que amplifique sus tareas de modo que sean conocidas, y animen a otros. El asociacionismo cívico no es incompatible con la ideología política, sólo debe afirmar con fuertes cimientos su independencia. Durante mucho tiempo, las asociaciones repugnaron al poder, que temía no poder manejarlas. Hasta en la Francia revolucionaria se arbitró alguna ley que les ponía coto. En la España franquista, la Administración tenía derecho a enviar representantes a las reuniones o asamblea de las asociaciones, y a inspeccionar sus libros... Felizmente superadas esas injerencias, una vez que, formalmente, las asociaciones cívicas están a salvo del poder, es el momento de trabajar desde la sociedad para aportar los frutos del debate, las reflexiones que surjan en el seno de aquéllas, por si alguien quiere aprovecharlas.

